

11317877

EL INDEPENDIENTE.

SANTIAGO, MARZO 11 DE 1877.

LA CUESTION DE LA ENSEÑANZA.

LO QUE CONVENDRIA HACER.

VIII Y ÚLTIMO.

Los estudios a que vamos a dar remate con el presente artículo, no han tenido por objeto contrarrestar el movimiento que se nota en el gobierno, i un poco tambien en la sociedad, para mejorar la enseñanza i la situacion del bello sexo. Lo único que deseamos es que su corriente no se desborde i salga de su natural lecho: lo único que hemos querido combatir son las exageraciones, extravagancias i aberraciones.

No podia ser de otra manera, desde que estamos de acuerdo con los del movimiento en creer que la enseñanza que se dá actualmente a la mujer en las escuelas i colejos, no solamente es inadecuada, sino tambien escasa e incompleta. Hai, por lo tanto, una reforma que operar, pero una reforma que para ser acertada i lograr su propósito, debe buscar una base mas sólida que las utopías de los soñadores i los castillos de naipes que levanta, aguijoneada por el deseo, la imaginacion juguetera. Esa base no puede ser otra que las necesidades de la vida, deducidas de una cuidadosa observacion. Para que los afanes de los maestros i de los profesores no sean perdidos, es preciso que sus lecciones tiendan a hacer la vida, para los que las reciben, mas fácil, fructuosa i agradable. Por eso dijimos que, en nuestro concepto, en las escuelas primarias fiscales i municipales, el plan de estudios deberia reducirse al aprendizaje de la lectura, de la escritura, de la aritmética, del catecismo i de un oficio, arte o industria. Así, el niño saldría de la escuela con dos grandes bienes: con un medio de ganar honradamente su subsistencia, i con la facilidad de adquirir los conocimientos que mas tarde tuviese deseos i tiempo de adquirir.

Viniendo ahora a los colejos en que se dá una instruccion mas vasta i en que se educan las hijas de las familias mas acomodadas, el método para descubrir el mejor plan de estudios tiene que ser idéntico. Estas niñas serán mas tarde dueñas de casa i madres de familia, o bien permanecerán largos años solteras, dueñas de su voluntad, de su dinero i de su tiempo. Pues bien, es preciso que la enseñanza que se dá en los colejos de niñas se encamine a labrar la felicidad de la mujer i de los que la rodean en todas las edades i condiciones de la vida. Es en el colejo donde la futura esposa debe encontrar luces para gobernar convenientemente su casa, vijilando, corrigiendo, i enseñando a su servidumbre a hacer las cosas; siendo, en una palabra, la providencia de su hogar. I eso, que es mucho, no es bastante, porque eso puede encontrarse en una ama de llaves. La esposa de un hombre ilustrado debe tener tambien una ilustracion bastante, sino para reemplazarlo en sus tareas, al menos para no perderlo nunca de vista, para comprender sus luchas i sus preocupaciones, i para no verse, ni en la prosperidad, ni en la adversa fortuna, en la triste necesidad de cortar con él todo comercio intelectual. Como se vé, el horizonte que en nuestro concepto debiera abrirse a la mujer, es vastísimo, tan vasto, que a mas de una puede llevar el desaliento.

I a la verdad, cómo enumerar siquiera en un breve artículo de diario la multitud de variados conocimientos que requiere el gobierno de una casa, i el cuidado de una familia? El arte de la aguja, de la tijera i del corchete, en sus múltiples i caprichosas

variedades, la jardinería i la horticultura, la música i el canto, la higiene i la cocina, el lavado i el aplanchado, la moral, la religion i la economía doméstica, etc.; todos ramos de grande utilidad, por mas que algunos de ellos parezcan demasiado humildes para ser aprendidos por niñas de fortuna. Tomemos, en efecto, el mas humilde, el arte de la cocina: ¿qué dueña de casa no estaria pronta a dar testimonio de su importancia inmensa, para la alegría i felicidad de la familia? La señora no reemplazará a la cocinera; pero si nada sabe de cocina, ¿cómo podrá enmendar sus errores, censurar sus descuidos, enseñarle lo que no sepa, indicarle siquiera lo que tiene que hacer? Solo los que saben hacer las cosas, son capaces de mandarlas hacer. ¿I qué dueña de casa no tiene que dar órdenes a su cocinera, por lo menos cada 24 horas? Prescindimos de casos excepcionales, en que es para la mujer una gloria i una dulce necesidad de su corazón, el preparar por sí misma el alimento para sus niños, sus enfermos o sus ancianos.

Ahora preguntamos: ¿se preocupan nuestros fabricantes de planes de estudios de proporcionar a las futuras madres de familia esos conocimientos, en apariencia modestos, pero destinados a labrar mas tarde su felicidad, o por lo ménos, a hacerles mas llevadera la carga de la vida? Diganlo por nosotros cuantos han podido observar el caudal de conocimientos con que entran jeneralmente al mundo nuestras señoritas despues de cinco o seis años de colejo!

Es cierto que alguna mayor atencion suele prestarse a los ramos de adorno, i a aquellos que, sin ser tales, pueden servir para elevar el nivel intelectual de la mujer, habilitándola para no hacer un papel ridiculo o nulo, en las conversaciones de los salones, i hasta en el trato íntimo de la familia i del hogar. Pero la malvada costumbre de enseñar todo teóricamente i de confiarlo todo a la memoria, costumbre derivada en los colejos de mujeres del prurito de imitar los métodos de los colejos oficiales de hombres, esteriliza en jeneral i casi completamente el trabajo de profesoras i discípulas. Prodigiosas en la lijereza con que las niñas aprenden las humanidades; pero mas prodijosas es aún la rapidez con que las olvidan. Las preocupaciones propias de la puerberia i la volubilidad femenina, dan cuenta de todo el caudal acumulado; i si el piano i el canto suelen llegar sanos i salvos hasta el día de la boda, no llegan sino rarísimas veces hasta mas allá del día en que aparece la primera gualga.

De otra suerte pasarían las cosas, si en los colejos de niñas se procurase, mas bien que enseñarles ciertos ramos, despertar el interés por ellos, enseñarles a aprenderlos despues; si en lugar de recargar su memoria con noticias i con fechas i con reglas, se ejercitasen i adiestrasen su intelijencia, se afirmase su juicio, se depurase su gusto, i se infundiese en sus almas el triple amor a lo verdadero, a lo bueno i a lo hermoso.

En los colejos en que no se enseña a aprender, no se enseña nada; i es lo cierto que nuestras señoritas, por punto jeneral, dicen adios a los libros i se consagran a los paseos, a las sederías i a los encajes el día mismo en que dan al colejo su última despedida. Para reaccionar contra un mal tan considerable, no hai otro camino que reformar los planes de estudios i los métodos de enseñanza; los primeros en el sentido de suministrar a las alumnas aquellos conocimientos mas jenerales que constituyen una persona ilustrada, descuidando

las pequenezas i particularidades i prestándole, en cambio, una detenida atencion a aquellos grandes principios, fecundas ideas i notables acontecimientos, que serán como suministrarles un boquete del mundo material i moral i una luz bastante clara para contemplarlo e ir mas tarde penetrando en sus particularidades.

Solo cuando eso se haga, se habrá completado i coronado la gran revolucion hecha por el Cristianismo en favor de la mujer, pues solo entonces podría descensar la igualdad de derechos enseñada por el Salvador en la igualdad de hecho que le proporcionaría una enseñanza práctica, adecuada i completa. Solo así podrían ser las casadas luz i providencia del hogar i a causa de ellas, como dice Salomon, sus maridos serían señalados en las puertas cuando se asentaran con los gobernadores del pueblo." Solo así, por último, las solteras podrían dar un desmentido práctico al poeta que observó malignamente que cuando la casa de la mujer no se llena de hijos, tiene que llenarse sin remedio de vicios o de ridiculas monomanías.

Nada mas triste, efectivamente, que la suerte que nuestra defectuosa enseñanza reserva a la mujer, que no teniendo vocacion para la vida monástica, se queda por cualquier motivo sin casarse. Seleccion primero a personas a quienes muchas veces no le liga un afecto que la haga soportable, ociosidad, tedio, diversiones que no divierten, falta absoluta de porvenir; i despues, cuando la vejez llega, defensa porfiada del bolsillo contra petardistas, sobrinos i de mas parientes pobres; i final e inevitable capitulacion ante algun acaudal i afortunado captador de herencias. Para esa categoria de mujeres no hai otra tabla de salvacion que el cultivo de las bellas letras i de las ciencias. En ellas pueden encontrar, si no medios de aumentar su fortuna, (lo que por ahora al ménos en nuestra patria es una quimera) una noble ocupacion de sus facultades, un medio de servir a sus semejantes i un apacible i grato entretenimiento. ¿Qué satisfaccion tan pura no experimentaría, por ejemplo, una señora que pudiera, como hacia la ilustre madama Swetchine en Paris, abrir todas las semanas sus salones a una juventud escogida i ansiosa de saber, para preserirla, iluminarla i preservarla, con la modestia, con la gracia i con la naturalidad propias del verdadero mérito! ¿I a quién se oculta la abundancia de los medios que una ilustracion como la que descamos para la mujer, le proporcionaría para ejercer la propaganda de la religion i el sacerdocio de la caridad, que tantos atractivos tienen para ella? ¿Qué envidiable gloria la de la autora de *La baña del tio Tom*, de quien se ha dicho que con su novela hizo mas en favor de la abolicion de la esclavitud, que lo que hubiera podido el gobierno ingles con su inmenso poder! ¿I quién podría expresar el goce de de la otra novelista inglesa que con el producto de venta de sus obras, fundaba i sostenia una mision entre los salvajes antropófagos de la Oceania! I en una esfera mas reducida, ¿quién podría medir la benéfica influencia de la acertada traduccion de un buen libro, de la composicion de un himno religioso, de una poesia tierna i delicada, de un cuento interesante i sencillo, en que se haga odioso el vicio i amable la virtud!

Todo esto podría intentar i podría realizar en Chile la mujer que, por su fortuna i condicion, no encontrase pábulo suficiente a su actividad en los quehaceres domésticos, si en los colejos se formase su gusto por lo bello, por lo bueno, por lo noble; si se le habituase a trabajar, si se le enseñase a aprender.

Tal es el sentido en que *El Independiente*.

se está dispuesto a cooperar a una reforma en la enseñanza de la mujer, tales son los límites i condiciones que pondrá a los aplausos de la que se está intentando con mas ruido que provecho, con una abundancia de buenos propósitos, que de prudente discrecion.

Z. RODRIGUEZ.

LETRAS.

MI SEGUNDA COMUNION.

CUARENTA Y SIETE AÑOS DESPUES DE LA PRIMERA.

De los *Anales religiosos* de Orleans, tomamos la siguiente carta, escrita por uno de los novelistas mas conocidos, Pablo Ferval.

De todas partes me excitaban a que referia la historia de mi conversion. Quizá lo deba hacer; i si lo debo hacer, lo haré, pero en este momento escribo la vida de una santa que era reina i que pisoteó su corona. Mi historia quedara para mas tarde.

Tu, tambien, mi querido padre, manifiestas deseo de saber esto. Poder decirlo en pocas palabras. Esto sera muy sencillamente, yo no valia la pena de un milagro.

Habia tenido una carrera bastante brillante: era considerado como un hombre honrado i dichoso. Muchas personas me hacian el honor de estararme i era hasta envidiado.

Un azar de fortuna me arrebató mi hacienda.

Yo que creia tener tantos amigos, me vi de repente completamente solo en medio de la multitud de seres debiles i queridos que vivian por mí. Conoci que ni aun sabia ser pobre, porque deseaba la muerte.

Todavía me quedaba lo que algunos han llamado muchas veces mi talento. ¡Oh, triste cosa! La vispera, mi talento tenia efectivamente un precio, pero al día siguiente, cuando quise cambiarlo por pan, las jentes que compran el talento para venderlo, me cerraron la puerta, excepto uno solo a quien di gracias de todo corazón.

Puede ser que entonces ya no tuviese yo talento, puede ser que jamas haya tenido alguno. Los mercaderes lo deberán conocer.

Continué trabajando por muy poco i muy mal. Un día, bajo mi empujada i miserable pájina, vi la desesperacion escondida que me acechaba. Tuve miedo: llamé a Dios.

Dios no vino: estaba allí. Le respondí, como en lo mas profundo de mí ser: le sentí palpar en las entrañas de mi conciencia i corrí mi primera lágrima dulce a mis ojos, como en otro tiempo la caricia matinal de mi madre, que me despertaba siendo niño en mi cama.

Al día siguiente iba a hablar con un hombre excelente, que sabe mucho, que no se enjerie i que me ama.

Tiene la edad para ser hijo mio, i yo le llamaba padre mio. Me enseñó, sin aparentarlo, cosa muy grande i muy sencilla que yo creia conocer; solamente a medida que pasaban de su corazón al mio, se descorrían i caían los velos en mi interior, luego que pude mostrarle desnudo el fondo de una pobre alma, i por su boca nuestro padre, que está en el cielo, me perdonó.

Al día siguiente era Noche Buena. Mi mujer i mi hija me condujeron tan temeroso como estaba i con el corazón muy oprimido, al santuario donde reposa el mortal despojo de los mas recientes mártires de nuestro tiempo, que tendrá otros mártires. Me siento en la santa mesa i hago mi segunda comunión cuarenta i siete años despues de la primera.

De este modo se reanuda las dos extremidades de mi vida sobre el abismo de medio siglo perdido. ¡Que Dios sea ardientemente bendecido en la grandeza de sus misericordias! Me levanté con mucha fortaleza. Con ayuda de Jesucristo viviré, moriré con esta fuerza.

Al regresar a mi casa me esperaba la alegre sonrisa de mis pequeñuelos: aquello fue una fiesta donde se me prodigaron besos i abrazos.

I desde entonces ha vuelto nuestra alegría. En tiempo de vacaciones fui en nuestra casa una hora encantadora. Somos diez. Mis ocho hijos se arrodillan en rededor mio, de la madre i ante el

eraci
prop
sus d
otra
solida
prox
que
escue
dara
tamb
saba
dias.
Qu
sob n
zun.
En
la de
proci
no
varia
me
mé
grad
la he
por u
ha su
fante
cuand
dar.
Tie
pobre
Pa
mos
nunci
pletas
Dios
reir.
Un
de la
segur
valet
tada
del in
Un
la ha
con aq
rado.
tro pu
To
pera
Laval
ció ri
de est
Esc
señor
mujer
perm
La
llevar
nos, e
do M
un ta
para
tual,
estaba
ria; p
to de
la rej
La
o par
criado
—I
bastan
no qu
La
res ce
cia, fi
tafeta
La se
La
una p
ba ur
En
el cas
Des
se qu
Lo
en el
Es
evasis
sentia
res. I
guard
Un
—(
de ga
poco
mas
—)
vano